

# Azarosas elites bajo palabra de honor

**Reseña de Peter Sloterdijk:**

*El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna,*  
trad. Germán Cano, Pre-textos, Valencia, 2005, 101 págs

*Antoni Domènech*

263

---

**P**eter Sloterdijk es seguramente el filósofo alemán que más lectores ha conseguido reclutar dentro y fuera de Alemania en la última década. En eso al menos, parece haber tomado el relevo de Jürgen Habermas, quien dominó la escena filosófica germánica en el período inmediatamente anterior.

Se ha dicho que, mientras Habermas fue el filósofo más representativo de la más o menos culpógena “República de Bonn”, con su Estado social de derecho, sus políticas de bienestar y redistribución del producto social y sus semisilencios vergonzantes sobre el terrible pasado nacional, Sloterdijk lo es de la más o menos autosatisfecha “República de Berlín”, de esa Alemania posterior a la reunificación de 1990 cuyas tropas ya han intervenido por vez primera desde la guerra en suelo extranjero y en la que la desigualdad ha crecido, los derechos adquiridos de los trabajadores se ven seriamente amenazados, la Constitución de 1949 –igual que en la Italia de Berlusconi– empieza a ponerse en causa, la prosperidad ha menguado y la xenofobia crece a ojos vistas. El propio Sloterdijk no tuvo empacho en reconocerlo en una conocida entrevista concedida al semanario francés *Le Nouvel Observateur* (7/10/1999) a propósito del escándalo provocado por su ensayo “Reglas para un parque zoológico humano”, un opúsculo en el que Habermas creyó ver una defensa del eugenismo y

de la cría selectiva (Züchtung) de humanos preconizada metafísicamente por Nietzsche un siglo y arreo antes y puesta por obra administrativa casi medio siglo después por los nazis:

*“Se ha elegido Berlín [como capital], y un cambio de lugar nunca es inocente. Urge a una nueva definición de nuestra comunidad. Nuestros vecinos tienen interés en tener como interlocutora a una nación sin complejos, ‘renormalizada’ (...). El filósofo Heiz Kittsteiner distingue tres etapas de la consciencia alemana después de la guerra: consciencia ‘transmoral’ de la generación de los padres que vivieron el nazismo, para los cuales la acción desemboca siempre en la culpabilidad; consciencia “hipermoral” de sus hijos, que se reprochan a sí mismos todo y nada, asumen una responsabilidad sobrehumana y acusan a sus padres. Tienen el sentimiento de que para mantenerse puros, han de abstenerse de actuar. Habermas se sitúa entre los dos: fue miembro de las juventudes hitlerianas, pero salvó su alma encarnando esa hipermoralidad. Ahora asistimos a la aparición de una generación ‘normalmente moral’. Tiene memoria, pero no se ve confrontada a una exigencia exagerada de pureza. Se halla a gusto en una Alemania reunificada, reconoce tener una responsabilidad particular frente al pasado, pero reivindica también una soberanía de pleno ejercicio en el mundo actual, y por qué no, un nuevo pensamiento.”*

---

264

Como el opúsculo sobre la cría de humanos, el aquí reseñado –competentemente traducido por Germán Cano para una edición española que lleva ya tres reimpresiones– se pretende otra “provocación”. Es más, defender la provocación como tal es uno de los propósitos expresos del *Desprecio de las masas*:

*“La cultura, en el sentido normativo que, hoy más que nunca, se hace necesario evocar, constituye el conjunto de tentativas encaminadas a provocar a la masa que está dentro de nosotros y a tomar partido contra ella” (p. 99).*

¿A quién quiere “provocar” Sloterdijk con este ensayo? A tenor de su declaración, a la “masa”, una “masa” por lo visto tan invasora, que está y a

“dentro de [¿todos?] nosotros”. Sloterdijk trata de contar la historia de esa invasión: y esa historia es, para él, la historia de la “Modernidad”, del “proyecto o empresa” exitoso de la “Modernidad”.

Para contar su historia de la “Modernidad”, que es para él la historia del ascenso inexorable de la masas, Sloterdijk no se apoya en la historiografía profesional: en las 100 páginas de su opúsculo no hay una sola cita de un historiador académico corriente, por no hablar de los grandes historiadores sociales que en las últimas décadas han cambiado por completo nuestra imagen de las clases populares subalternas: de un Edward Thompson, de un Carlo Ginzburg, ni siquiera de un Mijail Bajtin, no espere el lector rastro alguno Tampoco hay apoyo ninguno en la ciencia jurídica, o en la sociología, la ciencia política, la teoría económica, o la antropología empíricas. Al contrario; no bien empezado su discurso (págs. 10-11), Sloterdijk lanza un ataque que se antoja preventivo contra los sociólogos, cuya “función desempeñada casi sin excepción” sería “la adulación, bajo formas de crítica, de la sociedad actual” (es decir, la sociedad alumbrada por el “proyecto de la Modernidad”); y acercándose al final (págs. 72-73) la emprende con la antropología, la disciplina intelectual por antonomasia en la dominación colonizadora de los europeos, a la que sorprendentemente acusa Sloterdijk de ser, ya desde el siglo XVII, nada menos que “la derogación de la nobleza y de la espiritualidad, por no decir que será la ciencia que cancele toda supuesta diferencia esencial entre los hombres”, es decir, algo así como una avanzadilla del igualitarismo impuesto por las masas.

La historia del “proyecto de la Modernidad” que quería contar Sloterdijk seguramente no necesitaba de esas disciplinas auxiliares, cuyos vericuetos y laberintos conceptuales, modelos, estudios estadísticos, abstractas teorías y, en el otro extremo, complicada casuística empírica y estudios pormenorizados de casos podían arruinar una narración cuyo hilo es extremadamente sencillo, aun si seguido con una prosa no exenta de pompa bombástica y fuego de artificio a discreción:

*El “proyecto de la Modernidad” no sería otro que el del “desarrollo de la masa como sujeto” (p. 31), el despliegue de “la capacidad narcisista plebeya y pequeño burguesa de provocar epidemias psíquicas” (p. 72), y la consiguiente anulación igualitaria de toda “diferenciación antropológica” (traduzcamos: de toda desigualdad), y señaladamente*

*de estas cuatro: 1) anulación de la “distinción entre hombres divinos y hombres a secas” (p. 80); 2) anulación de la distinción entre “santos y profanos” (p.81); 3) anulación de “la distinción entre el sabio y la muchedumbre” (en la que no habría dejado de tener su papel “el igualitarismo científico” (p. 82)); y finalmente, 4) anulación de la distinción entre “individuos dotados y no dotados” (p. 83).*

Pero si además de prescindir de todas las ciencias sociales, se añade que Sloterdijk (¡a pesar de la tremebunda “epidemia psíquica” provocada por el imperio de la vulgaridad y la indistinción plebeyas en la “Modernidad”!) prescinde olímpicamente también del báculo de la psicología cognitiva empírica contemporánea –todo lo más, y un poco a la buena de dios, cita dos que tres textos de la “psicología de masas” del primer tercio del siglo pasado–, el lector está autorizado a preguntarse por las bases en que se apoya tan campanudo diagnóstico.

El ensayito de Sloterdijk se presenta como recusación filosófica de una “Modernidad” supuestamente igualitaria, y a desgaire –pero inequívocamente–, como expresión también filosófica de nostalgia por el “pensamiento jerárquico de la vieja Europa” premoderna (p. 95-6). Digamos, pues, que su argumentación es puramente filosófica, y concedamos por unos momentos que este tipo de cosas pueden argüirse o expresarse de un modo, si no puramente conceptual, sí en una órbita de muy remota tangencia con la historia social empírica o con la psique humana empírica.

Los autores en que se apoya Sloterdijk son sobre todo el literato Elías Canetti (en el primero de los cuatro capítulos que componen el opúsculo), para poner los cimientos, si no “teóricos”, sí al menos retóricos de su *exposé*, y luego, para seguir críticamente el despliegue del “proyecto de la Modernidad”, en filósofos como Hobbes, Spinoza, Hegel, el joven Marx, Nietzsche y Heidegger.

De la obra *Masa y poder* de Canetti pondera Sloterdijk el que “ponga de manifiesto el tema psicológico-social del siglo veinte: el poder que posee la maldad y la falsedad a la hora de arrastrar” (p. 11). Un “tema” ciertamente muy abstracto..., pero nacido de circunstancias históricas concretísimas, que Sloterdijk no recata del todo:

*“En el año 1927, contando con veintidós años, se había dado de bru -*

*ces con una rebelión obrera[socialdemócrata] en Viena, experimentando cómo la energía de la turba ansiosa de descarga desfogaba sus ánimos en el incendio del Palacio de Justicia. (...) En su íntima confesión de ser 'una parte de la masa', se expresa la conciencia de alguien que se siente obligado a dar cuenta de esa vivencia vergonzosa pero a la vez iluminadora."*

Es interesante que, en todo el opúsculo de Sloterdijk, esta breve y completamente descontextualizada alusión a la situación de guerra civil abierta que vivió la I República austríaca entre el partido socialdemócrata de Otto Bauer y el fascistoide partido social-cristiano del prelado Ignaz Seipel, sea la única que se halla en todo el libro al movimiento obrero contemporáneo de inspiración socialista.

El primer tercio del siglo XX vio nacer la democracia parlamentaria en Europa con el desplome, tras la I Guerra Mundial, de las grandes monarquías meramente constitucionales (sin sufragio universal y/o sin control parlamentario del gobierno) y la entrada, por vez primera, de los partidos obreros y socialistas en los gobiernos (Alemania, Austria, Gran Bretaña incluso –que ya tenía régimen parlamentario–, España en 1931, etc.). A eso se refiere seguramente Sloterdijk, esta vez con recato seguramente estudiado, como “la fase de la modernización social en la que el pueblo, populacho, proletariado u opinión pública todavía se podía congregarse ante una determinada situación de interés y hacer su aparición como una multitud consciente de su presencia”.

Asombroso, y más revelador aún que interesante, es el hecho de que como prototipo de esa “fase de la modernización social” presente, no al movimiento obrero socialista, laborista, comunista o anarquista que, luchando por una sociedad sin clases, trajo a Europa la democracia, las repúblicas y el sufragio universal, sino a los fascismos que vinieron a acabar con ese movimiento, para lo que necesitaron acabar con la democracia, con las repúblicas y con el sufragio universal:

*“Si en alguna ocasión la idea de una reunión nacional como asamblea popular realmente efectiva estuvo cerca de una ejecución práctica, fue en estos desfiles del partido [nazi] identificado con el pueblo, donde un quasisocialismo de derechas interpretaba un papel ante sí mismo y ante los medios de la opinión pública. Fue aquí donde el aque-*

*larre de una sociedad sin clases psíquicamente malvada pudo cristalizar en una realidad física.” (p. 21)*

En su estupefaciente grosería, se trata de un “revisionismo” en cierto modo más sutil que el de los historiadores de la nueva derecha postantifascista *à la Nolte* contra los que valientemente polemizó Jürgen Habermas en los años 80 (o de sus equivalentes franceses –François Furet–, italianos –Renzo de Felice– o españoles –Pío Moa–): no que el nazismo fuera la respuesta más o menos masiva, y tal vez exagerada, a los desmanes del movimiento obrero de inspiración socialista heredero de la democracia revolucionaria plebeya de la Revolución francesa, sino que los movimientos de masas fascistas serían, al contrario, el apogeo del “proyecto de la Modernidad” y de su igualitarismo democrático destructor de todas las diferencias y “distinciones antropológicas” del “pensamiento jerárquico de la vieja Europa”. O más en general, y más “filosófico”: no que los fascismos fueran el correctivo necesario, aunque tal vez exagerado, de las infundadas ilusiones heroicas del ala democrático-plebeya de la ilustración (del “aquellarre de una sociedad sin clases psíquicamente malvada”), sino, al revés, la culminación apocalíptica de la “primera fase” del “proyecto” ilustrado de “modernización social”.

Hay que decir, sin embargo, que la “provocación” de Sloterdijk no es siquiera original en este punto (en otros tampoco, según habrá ocasión de averiguar). Y es interesante observar que tiene más que ver con ciertas viejas insuficiencias de la culpógena revisión del pasado nacional de la “República de Bonn”, que con la pretendida autocomplacencia de la nueva “República de Berlín”. La restauración de la democracia republicana en el Oeste de Alemania tras la II Guerra Mundial vino de la mano de un consenso –fraguado en la Constitución de 1949– sobre los excesos de la democracia en la época de la primera República de Weimar. Igual que en la II República austríaca, en la II República alemana el sistema político fue diseñado de tal modo, que las decisiones políticas más importantes y estructurales quedaron blindadas constitucionalmente (derechos sociales para los trabajadores; poder ciertamente embriado y constitucionalizado –no absoluto, como antes–, pero intocable parlamentariamente, de los propietarios y de sus agentes sobre las empresas; institucionalización de un sistema de negociación colectiva entre los sindicatos y las organizaciones patronales; etc.), y por lo mismo, alejadas

del debate democrático parlamentario entre los partidos. Si en la Austria de entreguerras, como mencionado, el partido socialdemócrata y el partido socialcristiano anduvieron guerracivilistamente al estriote, bajo la II República gobernaron armónicamente juntos por décadas. Análogamente en la II República alemana, hasta el punto de que fue tema goloso para los politólogos de los años 60 y 70 el de la “desaparición de la oposición” parlamentaria: cuando el partido socialdemócrata alemán logró por vez primera acceder al gobierno, casi veinte años después de terminada la guerra, sólo lo consiguió entrando en una gran coalición con los otros dos partidos “burgueses”, la democracia cristiana y el partido liberal (pasaba a gobernar, pues, ¡todo el arco parlamentario!).

1. España, Francia (golpe de De Gaulle), Italia (golpe yanqui-Vaticano en 1948), Grecia, etc. Memorias de Carlo Schmidt

Ese diseño institucional de la segunda postguerra (que se corresponde con lo que Sloterdijk llama “segunda fase” del “proyecto de la Modernidad”, y del que sólo parece importar la multiplicación en ella de los medios de comunicación y manipulación de masas, y la entrada de éstas en una especie de período de latencia inerte), ese diseño, digo, que en realidad desparlamentarizaba las nuevas repúblicas, respondía, sobre todo en Alemania y en Austria, pero en general, y con diversos matices, en toda Europa occidental, a un miedo a los “excesos” de la democracia radical de entreguerras puesta por obra en buena parte del continente después de 1918.<sup>1</sup>

Sólo en ese contexto, no de miedo al fascismo, que acababa de ser derrotado militarmente, sino de miedo a que se reprodujera en la segunda el escenario revolucionario de la primera postguerra, es comprensible la facilidad con que arraigó y se difundió la falsa leyenda, según la cual Hitler habría llegado al poder democrático-electoralmente, y no, como es el caso, tras un golpe de estado técnico del Presidente Hindenburg, que, convenientemente arropado por la totalidad de la elite granempresarial y de la nobleza terrateniente alemana, ofreció en enero de 1933 la cancillería de la República al jefe de un partido, el nazi, que apenas tenía el 32% de los sufragios.

Sólo en este contexto es explicable la teoría de “las raíces democráticas del totalitarismo” (Talmon, Ritter, Rothfels) y la relativa popularidad de tesis como las del historiador Klaus Epstein, empeñado en lamentar “los rasgos democráticos” del nacionalsocialismo, a fin de volver a recor-

dar –lo que ni siquiera el mismísimo Ortega se había atrevido a hacer abiertamente antes de la Guerra– la fe antidemocrática de aquellos viejos liberales decimonónicos europeos que, como el gran poeta victoriano Matthew Arnold, usaban decir: “Soy antidemócrata, *porque* soy liberal”.<sup>2</sup>

Solo en este contexto, tan característico de la “República de Bonn”, es explicable también el crédito de que gozó la veleidosa versión “filosófica” de “izquierda” de esa falsificación historiográfica elitista del origen del nazismo. La había iniciado, ya antes de la Guerra, el filósofo Max Horkheimer hilvanando una genealogía de figuras de la vulgaridad y el autoritarismo “burgueses” que, arrancando del rebelde republicano romano Cola de Rienzo a mediados del siglo XIV, seguiría con Lutero y Robespierre, para culminar en Hitler.<sup>3</sup>

Y solo, en fin, en este contexto era posible la alevosa confusión de los gigantescos movimientos de masas desencadenados por el movimiento obrero socialista, sindicalista revolucionario y anarquista en el primer tercio del siglo XX con los escuadrones punitivos de los camisas negras o pardas y con la más o menos abigarrada turbamulta de académicos, pequeños burgueses, pequeños funcionarios y trabajadores desesperados que se dejaron arrastrar por su soez demagogia, no menos que por su exhibición de violencia.

Quizá de esas últimas fuerzas de violencia reaccionaria y fanatizada pueda decirse algo así como que representan “el colapso de la visión romántico-racional del sujeto democrático consciente de sus deseos”, y que en ellas “se desvanece el sueño [del ‘proyecto de la Modernidad’] del colectivo autotransparente”. Pero lo que sostiene Sloterdijk no es eso, sino que, en el “momento culminante” de la “primera fase de modernización social”, todos los sueños de la razón democrática igualitaria plebeya se desvanecen, revelando, a la par que la insostenibilidad del proyecto, la verdadera naturaleza intrínsecamente ignara y maligna de la masa:

*“La expresión ‘masa’ en la exposición canettiana llega al extremo de describir el bloqueo del proceso de conversión en sujeto en el momento justo de su culminación” (p. 13).*

Ahora bien; para cualquiera que conozca, aunque sea de oídas, la his-

toria europea de esos años a que se hace aquí alusión –póngasele o no el rimbobante y arbitrario nombre de “culminación de la primera fase del Proyecto de Modernización”–, son patentes al menos estos hechos: que el movimiento obrero de impronta socialista o anarquista, con su imponente tejido contrainstitucional y contracultural, no sólo enseñó a la clase obrera industrial y a amplios estratos del campesinado europeo a autoorganizarse democráticamente, sino que creó un vastísimo tejido, de gran capilaridad social, de ilustración, alfabetización y educación moral y científica de la población trabajadora: casas del pueblo, ateneos populares, universidades obreras, escuelas, teatros, bibliotecas, coros, clubs deportivos, cooperativas de producción y consumo, periódicos, editoriales, etc, etc. Por reducirnos a dos ejemplos del ámbito cultural que Sloterdijk (como Canetti) estaría obligado a conocer mejor: ya antes de la Gran Guerra el partido socialdemócrata alemán contaba no sólo con una editorial prestigiosa y una prensa central de gran nivel (una revista teórica y un periódico diario), sino por lo menos con 95 periódicos diarios y revistas de ámbito local o regional en los que publicaban regularmente nada menos que gentes como Kautsky, Franz Mehring o Rosa Luxemburgo, cuyos artículos eran cotidianamente leídos y discutidos con pasión por centenares de miles de afiliados a la socialdemocracia. Y en lo que hace a Austria, en donde sucedieron cosas parecidas, baste decir que el diario de la socialdemocracia revolucionaria austro-húngara (la *Arbeiterzeitung*), competentemente dirigido por Ignaz Auer, fue unánimemente visto no sólo como el mejor ejemplo de periodismo serio y analíticamente profundo del Imperio, antes y después de la Guerra, sino que sus páginas y suplementos de crítica cultural y científica constituían un verdadero acontecimiento intelectual, que trascendió las fronteras nacionales (o plurinacionales). Y si se quiere decir, de paso, algo de España, se puede recordar que en las páginas de la prensa obrera, socialista y anarquista, templaron sus primeras letras gentes como Unamuno o Pío Baroja.

En una interesadamente ignorante noche en la que todos los gatos

2. Cfr. Klaus Eppstein, "Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik" (1963), recogido en Eppstein, *Vom Kaiserreich zum Dritten Reich*, Ullstein, Frankfurt, 1972, pág. 212.

3. Max Horkheimer: "Egoismus und Freiheitsbewegung. Zur Anthropologie des bürgerlichen Zeitalters", en: *Zeitschrift für soziale Forschung*, V, 1936. Horkheimer, como se sabe, acabó su carrera filosófico-política como miembro prominente de la Fundación Konrad Adenauer de la democracia cristiana.

son pardos, Sloterdijk mezcla en un *totum revoltum*, como “masa”, a los (auto)ilustrados y autoorganizados obreros socialistas o anarquistas del primer tercio del siglo XX, ninguneados por Sloterdijk, con el lumpen desclasado (proletario, pero también, y sobre todo, académico: ‘masa’ sedicentemente distinguida fueron, ¡ay! Benedetto Croce y Martín Heidegger,<sup>4</sup> y tantos otros) que se dejó seducir en los años veinte y treinta por la soez retórica contrarrevolucionaria aristocrático-plebeya, apologética del relativismo filosófico y de la irracionalidad más descarnada, del *Duce* y del *Führer*.

Así pues, lo menos que cabe decir del pequeño báculo histórico-em-pírico con que inicia su diatriba contra la “masa” Sloterdijk –la “expe-riencia” del jovencito Canetti en la Viena de 1927– es que es incapaz de sostener las ínfulas de sobrado de un “provocador” que arranca por lo pronto como desvalido paralítico.

No son más afortunadas sus digresiones puramente histórico-filosó-ficas y/o conceptuales. No sabe uno aquí qué deplorar más, porque el repertorio ofrecido en apenas 100 páginas es amplio:

Si la tópica vulgaridad de que adolecen las malas interpretaciones de algunos autores (Hobbes, Spinoza y Hegel, clamorosamente); o la errática erudición fingida con que por lo visto trata de cubrir la hueca repetición de los falsos lugares comunes hermenéuticos de que se nutre. Si el arbitrario desparpajo anacrónico con que se despachan pro-blemas filosóficos de cierta complejidad técnica (el de la igualdad, cla-morosamente: como si dos mil quinientos años de debate filosófico, desde la distinción aristotélica entre igualdad aritmética e igualdad geométrica, hasta la discusión rawlsiana de la igualdad equitativa de oportunidades, hubieran sido bárbaramente borrados de un plumazo); o el odio atrabiliario y ergotizante contra todo lo que huelga a izquierda democrática (Habermas, clamorosamente: véase, por ejemplo, la p.59 ). Si el incauto tango agarrado que baila con sus gemelos-enemigos, el lumpen de los relativistas nietzschófilos y heideggerófilos de la izquier-da académica postmoderna francesa y norteamericana; o la patética denuncia, hiperbólicamente elitista, del “psiquismo proletario” que es-taría en el origen de “las industrias de entretenimiento y de envileci-miento del siglo XX” (p. 52-3) por parte de quien es, él mismo –como sus amigos de la nueva extrema derecha paleofilosófica francesa à la Finkielkraut–, un pícaro mediático omnipontificante en los grandes

medios de comunicación del sistema (la propiedad de los cuales, dicho sea de paso, está oligopólicamente concentrada en las manos de una pequeña elite plutocrática aparentemente muy alejada del “psiquismo proletario”). O, en fin, la completa ignorancia –ni siquiera casualmente remediada aquí o allá por sus erráticos arañazos en una *Bildung* de barniz– del antecedente filosófico más solvente de su diatriba contra la democracia plebeya: la reacción filosófica a la epidemia de sufragio universal que se cernió sobre Europa entre 1906 y 1931, es decir, el sólido Max Scheler y su brillante repetidor español Ortega y Gasset, que ni siquiera son mencionados.

Es difícil elegir en esta larga lista de *lamentabilia*. No lo haré. Pero a título de ilustración, porque no vale la pena entrar en todos los trapos que el matador-provocador Sloterdijk presenta a la embestida de la crítica, sólo me referiré brevemente a lo primero, a sus interpretaciones de tres autores filosófico-políticos.

En su absurda discusión de Hobbes, de quien Sloterdijk parece ignorar todo, hasta el hecho elemental de que fue el más eminente teórico contrarrevolucionario de la Inglaterra revolucionaria de Cromwell, los valientes *Ironsides* y las masas insurrectas de los *Diggers* y los *Levellers* (lo que explica el odio jupiterino del autor del *Behemoth* y del *Leviatán* contra todo lo que oliera a república y a democracia –que, por cierto, confundía–), lo presenta como conspicuo iniciador del “Proyecto moderno” de “desarrollar a la masa como sujeto” y como el fundador de una supuesta antropología igualitaria moderna. Lo contrario es lo cierto: la antropología de Hobbes, como sabe quien se haya asomado, ya sea superficialmente, a su obra –o cuando menos, a sus comentaristas serios–, no es sino el rescate, a contrapelo del grueso de la doctrina iusfilosófica republicana propiamente moderna, renacentista y postrenacentista, de la viejísima antropología metafísicamente privativa de la *Epístola a los Romanos* de Pablo de Tarso.

En su vulgar tematización del problema del “reconocimiento” (*Anerkennung*) en Hegel –a quien perfila como el más consciente teorizador del “Proyecto de la Modernidad”–, Sloterdijk no hace sino seguir, para darles la vuelta, las ya harto vulgares elaboraciones de los más mediocres discípulos de Habermas, que psicologizaron, metafisquearon anacrónicamente y deshistorizaron el problema. Sloterdijk, sin siquiera citarles, los secunda, ignorando también él de todo punto los verdade-

ros términos, jurídicos y socio-institucionales, en que Hegel planteó el problema de la *Anerkennung*: la exigencia plebeya, procedente de la Revolución Francesa, de que las clases domésticas, inveteradamente excluidas del orden civil, se sacudieran el yugo de la dominación patriarcal-patrimonial y accedieran por vez primera a la esfera civil de los libres e iguales; e iguales en tanto que reciprocamente libres, es decir, mutuamente *reconocidos* como libres, con personalidad jurídica propia y con medios propios de existencia material. (La consigna robespierrana de “fraternidad” significó precisamente eso.) Y los enredizos filosófico-psicológicos con la “alienación” en Hegel y en el joven Marx nacen de esa misma ignorancia: “desalienarse” era dejar de ser *alieni iuris* (siervo, sujeto al derecho ajeno), para pasar a ser *sui iuris* (señor de sí propio, de derecho propio), adquirir personalidad jurídica, ascender, en fin, al orden civil de los libres e iguales en tanto que recíprocamente libres, y por lo mismo, mutuamente *reconocidos* como tales.

Y nada digamos del pobre Spinoza, para tratar al cual sigue Sloterdijk –también aquí tenemos nueva derecha ignorara apoyada en “hallazgos” necios de la ignorante ultraizquierda académica de los 70–, sin tampoco mencionarlas, las más desapoderadas elaboraciones de Toni Negri y de algunos exalthusserianos sobre Spinoza como teórico democrático de la elevación de la “masa” (una “masa” indeterminada, à la Negri, sin contrastes, ni divisiones de clase, ni perfil histórico) y como iniciador moderno de la apología democrática del dominio igualitario plebeyo. Tampoco aquí se da cuenta Sloterdijk de que Spinoza, que en efecto, y en solitario, se avilantó a ponderar una democracia que había sido y siguió siendo –y sigue siendo– vitanda para la entera tradición filosófica occidental, no hace sino discutir filosóficamente con los antiguos –con Aristóteles, señaladamente–, y reanudar el viejo debate del Mediterráneo clásico sobre las bondades y maldades no del gobierno de la “masa”, sino del gobierno en manos de quienes viven por sus manos (o sea, el *démos*: pequeños artesanos –*banausoi*–, pequeños comerciantes al por menor –*agoroi*–, campesinos –*georgoi*– y trabajadores asalariados y jornaleros –*thetes, mitshotoi*–: la *Política* de Aristóteles contenía ya, como se ve, una sociología mucho más refinada, discriminante y sutil que la de los Negris y los Sloterdijks). Como escapó a Sloterdijk el dato obvio de que la antropología hobbesiana es represtinación expresa de la viejísima antropología paulina (afirmativa de

la maldad e impotencia intrínsecas del hombre, y de la consiguiente necesidad de su sujeción a todos los poderes celestiales y terrenales), así también le escapa el hecho hermenéutico, elementalísimo, de que la ética y la política de Spinoza no están fundando en este punto nada nuevo o moderno, sino reanudando con motivación política moderna una antiquísima discusión con los enemigos filosóficos de la democracia como gobierno de las varias clases de pobres libres, para, insólitamente –he aquí su originalidad–, ponerse del lado de ella.

Nietzsche, que sí sabía un poco más de qué hablaba, trazó a veces el origen de todos los males en la democracia plebeya ática. Pero tampoco de eso parece haberse penetrado Sloterdijk, enredado en desvolver la trama de un supuesto “Proyecto de la Modernidad” maliciosamente destinado a arruinar todas las “distinciones antropológicas” del “pensamiento jerárquico de la vieja Europa” medieval. Y dicho sea de paso –llegó la hora de aclarar el sentido de las mortales comillas–, también aquí sucumbe Sloterdijk a un tópico vulgar de sus gemelos enemigos postmodernos: hablar, apoyado en cuatro citas filosófico-literarias mal entendidas y peor contextualizadas, de un “Proyecto” (intencional) que ha durado cuatro o cinco siglos no es menos grotesco que hablar, como los profesorcillos de historia en el bachillerato de la España franquista, del “proyecto” de una “Reconquista” cristiana de la Península Ibérica, que habría durado no menos de ocho.

Aunque tal vez lo más lamentable de todo no sea nada eso, sino el hecho contundente de que el opúsculo de marras vaya camino de ser un pequeño *bestseller* filosófico. Pues aquí se revela el esnobismo intelectual de una mediocridad que, más aún tal vez que por falta de talento o de buena formación inicial, lo es por sobra de holgazanería. Aquí se revela el veleidoso resentimiento íntimo de los pequeños mequetrefes académicos salidos de universidades ya muy degradadas, más o menos afortunados en el arte de bregar con denuedo por descollar y figurar a la antigua, pero sin necesidad de dar golpe ni hacer sus deberes *gründlich und um die Sache selbst willen*, como exigía la Academia tradicional, ni voluntad ninguna de ser sólo “hijos de las propias obras”, como pedía el programa moral cervantino. Aquí se revela, en fin, que el vanilocuo filisteísmo instalado de barato en la nobleza moral, la elevación de sentimientos o la superioridad bajo palabra de honor, al que viene como anillo al dedo la proclama nietzscheano-slo-



Número 1, mayo 2006

terdijkiana de “rehabilitar el azar como razón de ser de la nobleza” (p. 75), tiene hoy de nuevo, como en los años 20 y 30 del siglo pasado, su público.